



MADRES E HIJAS, HISTORIA EN TIEMPO DE MUJERES . DE CARMEN ADELA LÓPEZ

Vadell Hermanos Editores. Valencia, Venezuela, 2002.

En 1969 Mario Vargas Llosa afirmó en una entrevista: “La felicidad, como usted sabe, es literalmente improductiva y ninguna de las cosas que ocurrieron en esos años ha sido un estímulo literario para mí”. Se refería el escritor a su etapa infantil, tan feliz para él que por eso no contaron, no hicieron bulto para poder hacer literatura.

Esta premisa de Vargas Llosa es, nada impide crearlo, una verdad como un templo, y vuelta de revés (¡qué grandes cosas insuflas, infelicidad!) probablemente sea la causa, el origen de un cuerpo narrativo surgido de la pluma sensible, adolorida, radical, penetrante, escudriñadora, frontal, y un largo etcétera, de Carmen Adela López.

Doctora en Derecho y actualmente profesora jubilada de la Universidad del Zulia, esta escritora publicó, en marzo de 2002 con el sello Vadell Hermanos Editores, *Madres e hijas, historia en tiempo de mujeres*. Hace muy poco tiempo nos llegó este texto que no es, según se deja constancia en la nota preliminar, una novela, tampoco un ensayo, “en sentido estricto tampoco es una biografía”. Pero a nuestro modo de ver son unas páginas que incluyen todos estos géneros, y precisamente esta característica de obra polimorfa es lo que contribuye a hacer de ella un testimonio contundente de la vida desgarrada de una saga de mujeres que comienza con la

abuela, sigue su rumbo indetenible con la madre e incluye de manera drástica e irreversible a la hija, que en este caso es la creadora que nos ofrece un libro que merece ocupar un lugar privilegiado en el ámbito literario del país e incluso de Latinoamérica.

Después de la muerte de María Rosa, madre de la autora, ésta comienza un trabajo de arqueóloga por el mundo afectivo y material de su progenitora. Iniciaba un camino, de verdad empedrado, con un dolor y una certeza: madre e hija mantuvieron una complicada, lacerante a veces, relación materno-filial. Y una certeza la condujo a otra: María Rosa fue el blanco preferido de un grupo familiar —el de su padre— que la humilló y la condenó en vida por el simple y sencillo hecho de ser hija natural. Atropellos y vejaciones son referidos y narrados a los lectores para dar cuenta de cómo la miseria y las conductas innobles y hasta inmorales pueden instalarse como invitadas permanentes y desencadenar verdaderas tragedias cuyas consecuencias no pueden preverse ni siquiera a mediano plazo.

Una niña, luego una adolescente, sometida a una vida inhumana va formándose un cuadro espiritual y psicológico que difícilmente le permitirá establecer relaciones armoniosas en el contexto en el que le tocará desenvolverse. Particularmente, con su hija siempre fue penoso el vínculo. Y es la propia autora quien lo apunta: “Deseaba olvidarlo, pero no podía negar un pasado que había existido, hasta fecha muy reciente, como realidad a menudo frustrante y dolorosa. Sabía que jamás lograría parecer siquiera una hija modelo; apenas había tratado en diversas formas de compensarla por tantos sinsabores como había vivido. Intentaba complacer sus gustos y satisfacer sus necesidades; sin embargo, jamás sentí de su parte que apreciara mis esfuerzos ni que aprobara algo que yo hiciera.

“Nuestras afinidades eran muy escasas. Mi manera de pensar, mis inquietudes sociales y políticas fueron para ella ajenas e incomprensibles, como si se expresaran en una especie de idioma intraducible al suyo”.

Pero no imagine el lector que porque aquí utilizamos términos tales como vejación, atropello, humillación y dolor, para explicar el contenido del texto de Carmen Adela López, se topará con una historia falsamente lacrimógena y folletinesca. No, nada más alejado de la realidad. La escritora va construyendo una trama en la que la verdad sale desgarradoramente a flote y en la que la sinceridad —a prueba de trucos, si se quiere— va permeando cualquier posible escondite en el que el lector pretenda refugiarse para “hacerse el loco” ante tanta crudeza o realidad-real. Ante una historia tan desoladora, porque lo es, sin lugar a dudas, quienes se internen en este relato-biografía-testimonio pudieran llegar a sentir una revolución interna o una conmoción que obligaría a unos cuantos a desembocar de forma natural y sin complejos en las lágrimas.

Además, para explicar la vida de varias víctimas (abuela, madre e hija, principalmente) sin falsas posturas o clichés, la narradora elabora pormenorizadamente un contexto donde tienen cabida la historia, los aspectos económicos y sociales y hasta la psicología, que permiten interpretar y establecer conclusiones sobre el significado del dominio-poder y su ejercicio. Es entonces cuando esta larga crónica —género también válido para definir el texto de Carmen Adela López— cobra sentido ante los ojos interesados: a medida que va pasando las páginas, el lector va percibiendo que no sólo la mujer es víctima; puede serlo también cualquier ser humano expuesto sólo por ocupar un grado inferior en una escala social y económica y, por lo tanto, carecer (o haber perdido, como fue el caso del padre de María Rosa, víctima-victimario a fin de cuentas) de cuotas de poder.

Este contexto muy bien diseñado y construido es lo que eleva la escritura de esta narradora zuliana por encima de otras del tipo, pongamos como ejemplo, *Arráncame*

la vida, de la autora mexicana Ángeles Mastretta, o *El albergue de las mujeres tristes*, de la escritora chilena Marcela Serrano.

Aun cuando estas dos últimas son obras que cuentan sobre el infortunio de la mujer en su relación amorosa con el hombre, y la conciencia que sobre sí mismas van tomando ellas, lo que nos interesa resaltar de estas novelas sobre mujeres —en un ejercicio comparativo con el texto *Madres e hijas*— es que no sobrepasan la anécdota, y es allí cuando caen envueltas en el folletín, que entretiene pero no supone ningún verdadero *conflicto*.

La autora zuliana siguió un cauce que le permitió entender o aprehender en paz un largo proceso. Finalmente, el nacimiento de una nieta la devolvió a la vida y todo lo que ésta tiene de positivo. Las páginas que nos ofrece Carmen Adela López son imperdibles porque están hechas para la reflexión.

Sarita Chávez